

Aunque los personajes, los lugares y los hechos aquí narrados son en gran parte reales y se aportan varias transcripciones de las declaraciones originales, además de extractos de correspondencia privada, esta novela debe ser considerada una obra de fantasía. Cualquier referencia a nombres, lugares o hechos históricos que coincidan con la realidad responden a la necesidad de construir una obra narrativa lo más realista posible sobre los sucesos a los que se refiere este libro. Por tanto, este volumen no posee ningún valor documental.

A pesar de todo aquello que se le atribuye, a pesar de haber matado a tres hombres con una brutalidad y una atrocidad dignas de una película de terror, Milena es una mujer tranquila y amable que habla con educada cortesía, agradable y sensible como cuando pinta sus paisajes con acuarela, y es así como resulta más fácil imaginarla en el módulo de máxima seguridad de la cárcel de mujeres de Vigevano.

Informe pericial del profesor M. M.,
Milán, 3 de octubre de 2000

Una infancia infeliz es como un alma sin sepultura, gime eternamente.

IRÈNE NÉMIROVSKY

Prólogo

El año pasado, un amigo se puso en contacto conmigo para involucrarme en el proyecto que estaba llevando a cabo una editorial napolitana. La idea era simple, clara y bastante interesante: crónica negra, casos sucedidos en Italia desde los años setenta del siglo pasado hasta el nuevo siglo. Había contratado a una criminóloga para la parte más técnica, y había identificado y seleccionado a algunos autores, cada uno para un caso, cada caso un libro. Después del primer contacto me mandó una recapitulación de algunos de los hechos delictivos que me sugería: la Católica, la masacre del Circeo, via Poma, Unabomber, Pietro Maso, la Olgiate, Marta Russo, Donato Bilancia, las Bestias de Satanás, etcétera. Los conocía todos, pero me di cuenta de que no escribiría un libro sobre ninguno de aquellos casos. Fue entonces cuando me acordé de Milena Quaglini. Había leído sobre ella en algunas antologías de crónica negra y me había impactado profundamente.

Tras un periodo de búsqueda, di con su abogada, Licia Sar- do, que trabaja en Milán. Busqué su teléfono y lo encontré sin problemas. Cuando le dije que estaba pensando en escribir un libro sobre Milena se mostró sorprendentemente disponible.

Me preguntó qué sabía de ella, por qué me interesaba tanto, qué idea me había hecho yo de aquella historia. Al final, para simplificar las cosas, decidimos concertar una cita.

Salí de su estudio en Milán con una enorme carpeta de la investigación, con el título escrito en azul: QUAGLINI. Contenía documentos, artículos, cartas privadas de Milena, sentencias, declaraciones, instancias del juez de instrucción, apuntes, actas de las audiencias, solicitudes de interrogatorios, procedimientos... Estaba completamente satisfecha: tenía el manojito de llaves para entrar en todas las habitaciones oscuras de aquella historia, un privilegio que no estaba segura de merecerme. ¿Con qué permiso iba a entrar yo en aquellos hechos? ¿Qué pensaría la protagonista? A lo mejor prefería que la olvidaran. O a lo mejor no, me decía a mí misma. Quizá tenía razón Albert Camus cuando decía, hablando del papel de los escritores, que «nuestra única justificación, si acaso tenemos una, es hablar en nombre de todos aquellos que no pueden hacerlo». En cualquier caso, no podía tomar a la ligera la decisión de escribir sobre ello o no hacerlo: tenía que reflexionar.

Me lo pensé hasta que mi amigo editor me envió el contrato para el libro. Las condiciones que me proponía la editorial napolitana no me convencían, y además estaba de por medio la criminóloga a la que no conocía, una presencia un poco incómoda que no me hacía estar a gusto. Respondí que, para firmar, exigía un cambio en las condiciones contractuales. No me pareció que estuviera sorprendido o disgustado: por el tono de voz intuí que tal vez había otras dificultades de las que aún no me había informado. Así que decidí seguir por mi cuenta. No quería dejar a Milena: en mi interior, ya había decidido correr el riesgo de contar su historia.

ELISA GIOBBI

**Milena Q.
Asesina de
hombres
violentos**

*Domingo 2 de agosto de 1998, 15:50 horas.
Sala operativa de los carabinieri de Stradella, Pavía*

—*Carabinieri*, ¿dígame?

—Hola... He matado a mi marido.

—...

—Perdone, ¿puede repetirlo?

—Sí... He dicho que he matado a mi marido.

—...

—¿Cómo ha sucedido?

—No lo sé, no me he dado cuenta. Solo sé que he ido allí, a la habitación, he cogido un trozo de una cuerda de la persiana y se la he enrollado, haciéndole unos nudos en los tobillos. Luego se la he pasado por las muñecas, un par de vueltas..., y luego alrededor de la cabeza... y he tirado. Entonces me he dado cuenta de que estaba dormido, por la nuca, la manera de roncar..., no sé qué me ha pasado en ese momento. No quería llegar a una situación así, créame..., he hecho lo que he hecho y luego me he quedado ahí, mirándolo con incredulidad porque pensaba que se iba a despertar en cualquier momento, pero no se despertaba. Ni siquiera creía que estuviera muerto, lo tocaba, pensaba que se despertaría.

—Entiendo... Pero ahora tranquilícese y dígame: ¿hay alguien más en casa con usted?

- Sí, mis hijas.
- ...
- ¿Cuántas tiene? ¿Cuántos años tienen sus hijas?
- Dos, una tiene cinco años; la otra, ocho. Tengo otro hijo, pero no está aquí con nosotras.
- ¿Las niñas están bien?
- Sí.
- ¿Puedo hablar un momento con la mayor? Solo para asegurarme de que están bien.
- Sí, está viendo la televisión, ahora la llamo.
-
- ¿Dígame?
- Hola, ¿cómo estás?
- Bien. ¿Quién eres?
- Soy una amiga de tu papá. ¿Está en casa?
- No. Ha ido a comprar, aún no ha vuelto.
- Entiendo. ¿Y tu hermanita? ¿Cómo está?
- Está bien, está aquí conmigo, ¿por qué?
- Solo por saberlo, ¿me pasas a mamá?
- Vale, adiós.
-
- Sí, dígame.
- Señora, ¿cómo se llama usted?
- Milena Quaglino.
- ¿Nacida?
- En Mezzanino, provincia de Pavía.
- ¿Cuándo?
- El 25 de marzo del 57.
- ¿Está casada?
- Estaba.
- ¿Con quién?
- Con Mario Fogli.

—¿Cuántos años tenía su marido?

—Cincuenta y uno.

—¿Desde dónde llama, señora?

—Desde Broni, via Cavour, 27. Vengan a por mí, estoy aquí.